



# SOCIOLOGÍA

## Sección española

### LA PROLETARIZACIÓN DE LOS CAMPESINOS

Entre los socialistas agermanados, coreadores inconscientes de los Singer, de los Vedel y de los Leibknecht, profésase la teoría singularísima de que para llegar á la conversión de la propiedad territorial individualista en propiedad socializada, es preciso esperar á que el capital, en sus expansiones progresivas de centralización individualista, realice la absorción de los pequeños propietarios rurales, desposeyéndolos de sus haciendas.

De este modo, y por procedimiento tan radicalísimo, pretenden los socialistas susodichos llegar á la consecución de sus fines socializadores, pues suponen de necesidad ineludible la eliminación de los pequeños propietarios rurales para producir la *proletarización general de los campesinos*, condición que estiman indispensable para el triunfo del socialismo internacional.

Para sostener estos principios, fúndanse sus partidarios en el supuesto de creer evidente que, mientras los campesinos sean *dueños* particulares de la más pequeña, ingrata y despreciable parcela del suelo que cultivan, continuarán siendo enemigos del socialismo; y que toda propaganda socialista entre los campesinos resultará, fatalmente, infructuosa, interin éstos continúen siendo propietarios.

Cierto es que los pequeños propietarios rurales, á pesar de la infelicidad y gran miseria en que viven, son poco propensos á dejarse arrastrar por las regeneradoras corrientes de emancipación y progreso que el socialismo desenvuelve en su redentorista movimiento mundial, y que mejor sería que dejaran de ser propietarios para la consecución inmediata de los fines emancipadores por todos los socialistas perseguidos; pero esto sólo se debe al torpe criterio que los pequeños propietarios rurales tienen formado de nuestros levantados propósitos.

Acostumbrados como están á oír decir á los grandes burgueses, como á los sabios oficiales, que el socialismo sólo aspira á despojar de sus bienes y riquezas á todos los propietarios y capitalistas para luego repartir la gran fortuna



social, producto legítimo de sendos siglos de trabajo y prudente economía, entre los vagos, libertinos, neuróticos y foragidos que forman—á decir de nuestros adversarios—el ejército exterminador y disolvente de la demagogia revolucionario-socialista, no hay por qué extrañarse de que los pequeños parcelarios, apegados amorosamente á *su terruño*, como los mariscos á las rocas, se resistan á tomar parte activa en el movimiento de general redención que invade y anima á las demás clases desheredadas, porque así continuará sucediendo mientras no se les demuestre, por medio de una propaganda activa é inteligente, lo contrario de lo por ellos firmemente creído.

Iniciése esa propaganda con decisión y cordura, y entonces se verá cómo se consigue atraer á los campesinos al socialismo, sean ó no pequeños propietarios.

Pero los socialistas, que todo lo esperan de la evolución económica del capitalismo, los que, condenando toda acción revolucionaria, aguardan cándidamente á que la extensión absorbente del capital produzca la proletarización de los campesinos, desposeyendo á los pequeños propietarios rurales, para promover después la emancipación económica de la sociedad, seguramente están sumidos en un error crasísimo, error que puede costarle caro á la humanidad que sufre la esclavitud y la miseria.

Hágase comprender á los pequeños propietarios rurales lo exiguo de su patrimonio, lo enorme de las tributaciones que sobre ellos gravitan y lo poco considerados que son por el Estado; y al comprender que más que disfrutarios del pequeño lote de terreno que poseen, son esclavos irredimibles de sus ingratas heredades, y que en ellas dejan los jugos más lozanos y las virilidades más potentes de la existencia, sin obtener, á cambio de tan improbos desvelos y fatigas, ni siquiera lo necesario para vivir con decente holgura; al persuadirse de todo esto, es, más que probable, seguro, que, cayendo en la cuenta de la triste anormalidad en que viven, deslizándose automáticamente en el ciclo fatal de una existencia miserable é indigna, los campesinos, sean ó no pequeños propietarios, cansados de servir de ludibrio á todas las situaciones y de pasto á todos los sociales monopolios del autoritarismo explotador, abrazarán, indudablemente, con gran entusiasmo y fervorosa fe la causa sacrosanta del socialismo, de ese socialismo redentor, que lejos de quitarles la mezquina propiedad que poseen, pretende poner á disposición de todos los campesinos el usufructo espléndido de toda la tierra, pactando así la alianza sacrosanta de los hombres en las sublimes armonías de la fraternidad universal.

Además, los socialistas sostenedores de los principios que quedan consignados precedentemente, ignoran, ó al menos así lo parece, que de un momento á otro pueden cambiar las condiciones que presiden actualmente el formidable movimiento de centralización económica, en cuyos torbellinos nos hallamos envueltos, y que el descubrimiento de un invento cualquiera puede muy bien determinar, cuando menos se espere, la *individuización de la industria*, deteniendo indefinidamente los progresos de *concentración individual ó colectiva*. Aparte de esto, que por sí solo es bastante trascendental para la gran cuestión en que nos venimos ocupando, conviene tener en cuenta que hay países en los que jamás se producirá el fenómeno económico que *proletarice* á los pequeños propietarios rurales eliminados por la centralización de la pro-



piedad territorial en manos de grandes terratenientes ó de poderosas asociaciones judiciales, ya que la posición topográfica de las comarcas á que nos referimos hacen imposible tal procedimiento.

Lo que en España ha sido posible en Andalucía, no lo es ciertamente en Galicia ni en las Provincias Vascongadas; en estas comarcas la división de la propiedad territorial perdurará tanto, como perdure la existencia del actual orden de cosas.

Los pequeños propietarios rurales, dueños de terrenos ingratos que con un incesante trabajo apenas si rinden lo bastante para mal cubrir las necesidades de sus sobrios cultivadores, arrastran, por regla general, una existencia infinitamente más miserable que los obreros que alquilan sus servicios al burgués industrial en las ciudades populosas. Estos infelícísimos esclavos de la propiedad trabajan desesperadamente, viven una vida de escasez y embrutecimiento que espanta, y nunca pueden gozarse en las satisfacciones inefables del que *nada debe*, á pesar de sus muchas privaciones y desvelos. La usura los explota, y el Estado tiénelos abrumados constantemente bajo el peso de las más onerosas tributaciones.

Esperar á que estos infelices sucumban bajo la garra rapante de la gran centralización capitalista para después de haber sido exonerados de sus pobres predios, atraerlos á las filas del socialismo militante y promover la revolución social, es esperar la realización de lo imposible, ó sencillamente, no tener fe alguna en la bondad redentora de los ideales que se pretende profesar. Además, y esto es más interesante: si los defensores todopoderosos del régimen imperante adquieren la convicción de que basta hacer á un determinado número de hombres propietarios de la tierra que cultivan, para impedir por tiempo indefinido el triunfo del socialismo, ningún inconveniente tendrán en hacerlo así, hoy que es palmario y evidentísimo el principio de que *no es la posesión de la propiedad lo que constituye el bienestar del hombre, sino el disfrute sosegado de lo que la propiedad produce*.

Hagamos, pues, conocer á los pequeños propietarios rurales la horrible verdad de que el exiguo patrimonio de que se juzgan *dueños absolutos* en realidad sólo significa para ellos un signo de evidente esclavitud; que el Estado es el gran explotador, de cuantos trabajan, y que las leyes, disposiciones y decretos que imponen al cultivador de la tierra la obligación de pagar exacciones exageradas y onerosos tributos, no otra cosa implican y suponen que las exterminadoras serpientes con que la *legalidad de los ilegales* asfixia á los nuevos Laocotes del trabajo, y estemos seguros de que tan pronto como los pequeños propietarios rurales se enteren de todas las grandes verdades que anteceden, comprendiendo la elevada justicia en que se informa la nueva causa, no tardarán en alistarse en las filas del socialismo.

Sólo así será posible promover la desenergación de los campesinos, pero no esperando á que se produzcan fenómenos de proletarización, que tal vez no tenga lugar en la consumación de los siglos.

DONATO LUBEN.





## UNILATERALIDAD PSICOLÓGICA DE LOS SABIOS OFICIALES

La ciencia, como todos los productos de las manifestaciones superiores del espíritu humano, se perjudica por la imposición de Códigos que circunscriban con criterios sectarios sus horizontes; la ciencia, para ser digna de tal nombre, no debe ni puede circunscribir su propio campo de acción y de investigación prefijándose rumbos y métodos que impliquen la negación apriorista de otros rumbos y otros métodos.

Sin embargo, el fenómeno contrario suele producirse en el terreno científico, siendo en los estudios de orden sociológico y psicológico donde este hecho, revestido por los caracteres más evidentes del absurdo, alcanza sus mayores proporciones.

Efectivamente; es en el terreno de la psicología y de la sociología donde más gravemente pueden ser afectados los intereses del mundo oficial por la exposición de nuevas teorías ó interpretaciones que determinan ó cooperan á determinar la remoción de los cimientos de la moral, de la economía y de la política oficiales. Es por eso mismo que las otras ciencias, cuya revolución no constituye un peligro ó una amenaza para la estabilidad moral ó material de la clase imperante, están inmunes de toda orientación ó limitación forzada.

No puede, sino de una manera indirecta, serle perjudicial el descubrimiento de una ley física ó astronómica, ó el invento de un nuevo método quirúrgico; pero puede serle molesta y amenazadora la nueva interpretación científica de un fenómeno psíquico cualquiera si ella destruye una falsa creencia religiosa, lo mismo que una nueva concepción de las relaciones económicas entre los seres humanos, ó la explicación heterodoxa de una ley sociológica que comprometa la estabilidad de sus instituciones jurídicas.

De allí que en cada una de estas ramas científicas se dibujen dos tendencias con intereses é ideales opuestos, divorciadas por los móviles *sustancialmente* diferentes que guían á sus representantes.

Los unos son mantenidos por el mundo oficial que en ricos gabinetes les costea sus estudios y en la burocracia intelectual les compra sus lecciones, exigiéndoles implícitamente la defensa de las ideas corrientes, hacia las cuales, por otra parte, son encarrilados sus cerebros por ese ritmo que es una modalidad peculiar á los estudios oficiales, y cuya resultante forzosa es el unísono psicológico en la colectividad científica y la unilateralidad psicológica en cada uno de sus individuos.

Los otros son, por tendencia, rebeldes intelectuales, confirmados en su rebeldía por una educación libre y libremente dirigida, según las orientaciones naturales del espíritu, con exclusión de toda ruta trazada de antemano, y llegan á conclusiones diversas ú opuestas á las de los sabios oficiales.

Los primeros tienen su punto de vista preestablecido, y el panorama de los fenómenos y las teorías no puede dibujarse en su retina sino por un solo lado; los otros no tienen ningún punto de vista preestablecido, encaran el proble-



ma en la forma que mejor les conviene para la mayor intensificación de sus investigaciones, y pueden ver el panorama por todos sus lados y en todas sus modalidades intrínsecas y extrínsecas.

Aquéllos son los portavoces del criterio científico oficial, que es, necesariamente, conservador; éstos son los heraldos del criterio científico independiente, que es, necesariamente, revolucionario. De los unos la Humanidad tiene muy poco que esperar, pues su misión es impedir que la ciencia plante sus estandartes más allá de donde conviene plantarlos; de los otros debe esperar todo, pues tienden precisamente á romper toda barrera que intente oponerse á la libre investigación de lo desconocido que, desgraciadamente, es mucho más que lo conocido.

Y en esta lucha secular de lo que será contra lo que es, la historia nos tranquiliza con sus sabias enseñanzas. Ella pone en evidencia que todas las doctrinas innovadoras cimentadas por verdades científicas acaban por romper los viejos moldes del dogmatismo oficial, obligando á los sabios que tienen un criterio científico unilateral á reconocer las verdades constatadas por los que estudian con un criterio científico, amplio é independiente.

JOSÉ INGEGNIEROS.

---

## EL SOCIALISMO SE IMPONE

---

### III

Los males, trastornos y revueltas desesperadas á que arrastró á los trabajadores el falso principio económico sobre que descansa el mundo civilizado desde principios del siglo, no sólo en los primeros cuarenta años, como decíamos en el anterior artículo, sino los que continuó y fatalmente continuará produciendo hasta que la revolución más trascendental de la historia, la revolución social, les ponga fin, fueron y han de ser muchísimos, y á veces espantosos.

Perdido, como decíamos, el ideal humano y despertadas las actividades y energías con la libertad de hacerlo *todo*, menos la violencia directa, en contra de personas é intereses, se apoderó de los cerebros un egoísmo insaciable, una fiebre de capitalizar, y se obraron milagros, digámoslo así, para lograrlo, y se operó una transformación, en pocos años, asombrosa.

Recógense de los archivos y bibliotecas cuantos estudios y ensayos habían dejado las generaciones pasadas sobre todos los ramos de la ciencia, y los experimentos continúan, y los inventos surgen, interminables y asombrosos, y tienen aplicación y realidad los trabajos y proyectos principiadados por la larga y trabajosa historia humana, y la química, la mecánica y las demás ciencias, reciben un impulso portentoso para ser aplicadas á un sólo medio y á un sólo fin; el medio, la industria; y el fin, el *capital*.

La mecánica, sobre todo, produce una revolución en la vida de los pueblos,



al par de producir, multiplicando extraordinariamente capital y riquezas, la miseria más espantosa que invade al pueblo. La división del trabajo había creado el taller, la mayor explotación, y la máquina creó el pauperismo, la lucha entre el capital y el trabajo y el ocio forzoso, ó lo que es lo mismo, el hambre, los crímenes y todas las degradaciones. Pero á los explotadores de la mecánica no les importa esto; lo que les importa es *capitalizar*. Y no se conformaron con eso: buscaron en la asociación del capital la multiplicación de los medios explotativos. Lo intentaron y ejecutaron todo; hasta la rebaja de los salarios.

Así fueron las consecuencias; crisis industriales y de trabajo, el hambre y miseria más horribles, supresión continua de brazos, á veces de oficios en masa, llevaron á los obreros de varios países á resoluciones desesperadas.

Durante esta primera época, los dolores del trabajador fueron tan insufribles, que en Inglaterra, Bélgica y Francia hubo algunas revueltas, en las que, al grito de *Trabajo ó plomo*, buscaron la muerte miles de obreros.

La desesperación los llevó á formar Sociedades secretas, y bien pronto el incendio de algunas fábricas, la destrucción de las máquinas, el asesinato de fabricantes, los tumultos y saqueos, se sucedieron.

En Lion, en 1835, á causa de una larga crisis general de trabajo, desarrollóse el hambre con fuerza tan avasalladora, que los obreros, después de mil torturas, lánzanse desesperados, implacables, imponentes, á pecho descubierto, enarbolando bandera negra, al grito de *Pan ó plomo*, sobre el Gobierno y el Ayuntamiento de la ciudad, y todo lo arrollan y nada los resiste, quedando dueños del campo. Pero bien pronto el Gobierno nacional recoge el grito de *Pan ó plomo*, y mueve ejércitos al mando de autorizados generales, y no saben ni quieren darles más que lo último, esto es, *plomo*, y millares de víctimas había hecho el hambre, y á millares se las satisface con plomo (1).

¡Bárbara consecuencia de los inhumanos y falsos principios de la economía política!

Pero los males no acaban aquí; la insaciable sed de oro con el caudaloso manantial que le brinda la insolidaridad social, por el irracional principio individualista y los privilegios que asegura su posesión; por el organismo político llamado Estado, creó, y seguirá creando, la miseria, la corrupción y el crimen, en proporción de la riqueza, bienestar y placeres. Y por esto es por lo que algunas estadísticas arrojan luces sobre cuadros que horrorizan. Poblaciones y centros industriales había en que los hijos de los trabajadores se morían antes de los cinco años las seis séptimas partes, por carecer sus madres de robustez para criarlos, y por la miseria, el frío y el hambre, y la otra mitad antes de la pubertad, por dedicarse á trabajos superiores á sus fuerzas.

La química, aplicada á la industria, si enriquece la producción y á los industriales, contribuye también á la miseria y muerte de los trabajadores. En la necesidad de producir *mucho y barato*, todo se adultera, se falsifica, y los pobres son envenenados con lo que beben y comen, porque han de consumir barato. Pero esto ¿qué importa á los industriales? Ellos se hacen ricos y la sociedad los aplaude y les llama hábiles.

(1) Es la única lógica de todos los Gobiernos.



Las estadísticas arrojan datos espantosos, y en todas partes la vida del obrero, por término medio, se acorta, por más que en general la de las naciones aumente.

La miseria tomó carta de naturaleza en todos los grandes centros industriales, y en tales proporciones, que obligó á los Gobiernos á crear socorros á domicilio, en proporciones cada vez mayores. En Inglaterra la contribución para pobres era en 1801 de 4.000.000 de libras, y en 1833 era de 8.000.000, mientras que la población sólo aumentó de 8 á 14.000.000; de esto están excluidas Escocia é Irlanda.

Mientras tanto, la vida de los campesinos no mejora, y apenas siente los efectos de la revolución. Su ignorancia es inmensa y su miseria insufrible.

Inglaterra, Alemania y todo el Norte de Europa, mantienen centralizada la propiedad en manos de la aristocracia, lo mismo que en la Edad Media, y el Sur la descentraliza temporalmente; quítasela al clero, á la nobleza y á los comunes, para que vaya á parar á manos de grandes capitalistas, que de nuevo la centralizan; y como buenos especuladores, aumentan las rentas, no respetan fueros ni cesiones generosas tradicionales, resultando para el campesino peor que con los antiguos señores.

De aquí las resistencias al pago de rentas y contribuciones en muchos países, y el hambre, en ocasiones, en algunas provincias alemanas y de Irlanda (1).

Ahora bien; á tanta miseria, producida al lado de riqueza tanta y de tanto progreso, ¿qué remedios proponían los Gobiernos, los sabios y la nueva nobleza dorada, la nobleza de tanto por ciento, la burguesía, en fin? Pues los Gobiernos, á los que por tener hambre les piden pan, ya lo dejamos dicho, les dan plomo, y, cuando más, una limosna. Los sabios, á la mucha producción, á la concurrencia y en las crisis, fatales resultados que ocasionan, como remedio dicen: *dejad hacer, dejad pasar*, y que no se puede pasar por otra cosa; y á los obreros que no entren en el matrimonio, y, *aunque no trabajen*, que ahorren. Y otros sabios, considerando infalibles á los otros defensores de la escuela funesta económico-individualista, proponen, muy sensibles y humanitarios, á los ricos, que ayuden á los pobres, que repartan sopa, funden hospitales, colegios gratis, cocinas económicas, asilos de mendigos; que les den limosnas, en fin. Y los nobles de tanto por ciento decían en la *Revista de Edimburgo* de 1875: «A una coalición de obreros, que no querían dejar rebajar sus salarios, se debe la máquina de Sharpe y Roberto, de Manchester; y esta invención ha sido un rudo castigo para los imprudentes coligados.» (Fijarse bien; porque no se dejaban rebajar los precios, se les debe castigar, inventando una máquina que les deje sin trabajo.) ¡Miserables! (2)

(1) Y en todas las provincias y pueblos del mundo, y en todo tiempo, por el miserable *tuyo y mío* ó la explotación del hombre por el hombre.

(2) Hay quien cree que combatimos la máquina y, en su nombre, el progreso; nada más lejos. Los socialistas independientes, y con nosotros los trimardeur, amamos la maquinaria, pero combatimos su resultado de hoy y el fin con que la burguesía la admite.

Inventada por obreros, construida por obreros, cuidada y hecha producir por obreros, debiera servir para su descanso, ser su riqueza; pero ha equivocado el camino, y es su enemiga en manos de los párasitos, á los que ha pasado por el criminal medio de cambio: el dinero, al que la Revolución social eliminará como el mayor mal.—N. DE V. G.



Un fabricante inglés decía en este tiempo: «La insubordinación de nuestros obreros nos ha hecho pensar en la manera de pasarnos sin ellos. La mecánica nos ha librado de la *opresión de los trabajadores*. Donde ahora empleamos un hombre, es sólo mientras se inventa para nosotros el medio de hacer sin él su tarea.»

¡Cuánta aberración y cuánta maldad!

Fáltanos ahora dar á conocer los remedios que á tantos males propone el verdadero representante de la escuela de los Smith, los Say, la escuela económico-individualista, la encarnación genuina de la burguesía y de la sociedad política, pero audaz, sin hipocresía, absoluto, terrible, sin entrañas,— como un Dios vengador y como la sociedad del tanto por ciento, ¡Malthus!... que dice: «El que carezca de recursos para mantener hijos, no debe engendrarlos; si soltero, no debe casarse; si casado, debe hacer ó ver en la mujer una hermana. Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no tiene para mantenerlo, no tiene derecho á reclamar nada. Está realmente demás en la tierra. No hay cubierto para él en el gran banquete de la Naturaleza. Esta le manda salir, y no tardará en ejecutar por sí misma la sentencia.» ¡Que teoría más horrible!

Mas en frente de ella, que es la que practica la sociedad actual, y en frente de los cuadros de horrorosa miseria producida al lado de progreso tanto, considerados fatales por la economía política, aparecen en el mundo de la filosofía y de las ciencias sociales una pléyade de hombres superiores que lanzan con sus lucubraciones y proyectos relámpagos esplendentes de esperanza en el tenebroso caos de tanta miseria, y haciendo crítica profunda de los males sociales, elevaron el trabajo á categoría de derecho primario, por el cual el trabajador debía ser asociado á la utilidad y uso del producto, que el fin de la sociedad humana es garantizar á sus miembros la vida y el desarrollo de todas sus facultades, y por esto á estas ideas ó escuela se la llamó socialista.

---

## Sección del exterior.

### EVOLUCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL

(Continuación.)

Sin pretender profundizar en estos apuntes científicos la teoría de las generaciones, á la que Sergi, antes que Max Nordau, había prestado el caudal de sus observaciones, quiso, desde este momento, declarar que tomando las cosas humanas tal cual son, no como se quisiera que fuesen, mi creencia es que si el gigantesco influjo social, con sus lentos y las más de las veces inadvertidos procesos de perversión, deforma los organismos morales, de esta doble deformación fisio-psíquica queda el estigma indeleble en la estructura



del cuerpo con la alteración, más ó menos completa, de los órganos y sus funciones. De aquí que la misión científica de la antropología social sea tan eficaz, de mérito extraordinario, sin pretender dominar como soberana en la palestra vastísima de la criminología, y de que se contente, procediendo en armonía con las otras investigaciones positivas, en las explosiones formidables del delito y sobre los rastros sangrientos del delincuente.

La ciencia positiva de derecho penal debe encaminarse por el camino tan fecundo como seguro de los hechos en relación á sus causas, pero sin intentar agruparlos sistemáticamente en categorías y sacar de ellas leyes generales y absolutas como dominante en la criminalidad.

Conforme actualmente la antropología criminal en todas sus ramificaciones especiales con esta tarea, aunque oscura noble, de acumular los hechos á los hechos, los documentos humanos á los documentos humanos, de este esfuerzo colectivo verá en no lejano tiempo un caudal importantísimo de conocimientos sobre el cual se funda el trabajo orgánico de selección y de inducción, construyendo la base inviolable de la ciencia nueva. El camino es ese.

No salgan los misionistas á decir que las medidas antropométricas de los desgraciados que la sociedad ó la naturaleza arrastraron al delito es cuestión de cráneos y de ángulos faciales. Con que si es peligroso en la práctica, pone á la ciencia en muy malas condiciones de seriedad decir que basta tener las mandíbulas enormes, la frente oprimida y las orejas anormales para verse comprendido entre los criminales natos, como sería peligroso y ridículo sostener, volviendo á las antiguas cuestiones espiritualistas, que cada hombre *tiene la libertad de delinquir ó no*, y que entre esta elección entre el bien ó el mal consiste, precisamente, su responsabilidad moral, para concluir sosteniendo que las coacciones mismas del ambiente físico y social nos dan resultados diversos, según los temperamentos individuales, consecuencia demostrada, no sólo por la ciencia, sino también por la experiencia constante de la vida.

El hombre, delincuente ó no, es hijo del ambiente en el que se han modelado los caracteres fundamentales de su organismo, por aquella ley de afinidades de una parte con el todo, que recoge en una sola gota y en proporciones diversas la suma de las materias químicas disuelta en el océano humano, pero también es hijo de sí mismo, y según sea su conformación orgánica y psíquica, su capacidad y sus aptitudes, será más ó menos idóneo para vencer ó sucumbir en la lucha por la vida, como según sea su sentido moral violará ó no el derecho ajeno. En el primer caso reunirá condiciones para asociar su actividad á la colectividad ó caerá á los pies de los más fuertes hasta que desaparezcan las leyes de fuerza y de violencia. En segundo término, en sentido moral mismo, aunque fuera de sanciones legislativas, según la teoría de Guyau, lo pondrá en frente de los confines naturales entre su derecho y el derecho de los otros y la tendencia á respetarlos, ó mejor dicho, sus predisposiciones psíquicas inconscientes lo llevarán á violar la vida de sus semejantes ó á atacar las razones de los otros con la violencia ó la astucia.

Si hay una predisposición orgánica que nos obliga ser inteligentes ú obtusos, si la naturaleza en su variada é infinita simiente crea poetas, artistas y sabios, que serán hombres de talento aun á despecho de mil adversidades, al



lado de mecrocéfalos, á los que nadie será capaz de enseñarles las más rudimentarias nociones científicas; si desde el nacimiento se es raquítico ó robusto, enfermo ó sano, también los gérmenes de las enfermedades morales, resultado de injusticias naturales ó sociales, se forman al simple contacto con las causas externas. La imbecilidad ó el delito no se encontrarán latentes en los organismos apenas nacidos, sino escondidos entre la materia inconsciente, prontos, sin embargo, á manifestarse, como bacilos escondidos, á las primeras provocaciones del exterior.

Y si la antropología pura indaga y, en parte, descubre los caracteres esmáticos del genio, si la bacteriología escudriña los microorganismos en acecho, en la lucha eterna entre lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, ¡qué vasto trabajo ha de esperar á la antropología criminal dedicada al estudio de las enfermedades morales! ¡Qué melancólica, pero noble indagación para el criminalista, escrutar las causas orgánicas de la perversión moral, buscar la curación de las lesiones, que desvían el psiquis humano de las normas esenciales de la vida, conforme el psiquiatra cuida la normalidad de la razón! Porque si cada enfermedad del hombre tiene indagadores pacientes y profundos que anatomizan los muertos para salvación de los vivos, ha de haber, en esta tétrica enfermedad moral, de la cual proviene el delito, sus clínicos y sus anatomistas para salvación de los honrados y para regeneración fisio-psíquica de los delincuentes mismos; y á que, si á la ciencia de los delitos y de las penas pertenece todavía una función social, ésta debe perder el carácter ascético y metafísico que conservan las llamadas naciones civilizadas, consistente en crear una ordenación defensiva de los ataques antisociales.

Pero antes de ejercitar este derecho concienzudamente, en nombre de una doctrina positiva de criminalología, la civilización tiene deberes que cumplir no menos elevados: ha de librar á la vida colectiva de todos los tropiezos y trampas, en las cuales los hombres más honrados están expuestos á caer.

Que los dos tercios de la criminalidad, como escribe Pedro Ellero, sean delitos contra la propiedad, significa que aquellos á quienes los otros atacaron no estaban, quien más, quien menos, desprovistos de lo robado, y que estos que realizaron el robo carecían del objeto causa del delito, excepción hecha de los cleplómanos, que roban sin necesidad. No se equivocó Tomás Moro cuando dijo: «¡Oh sociedad! eres tú quien creas los ladrones para tener el gusto de ahorcarlos».

Recuerdo un país, y hay muchos como él, en el cual no se ahorca á los ladrones si roban millones, y se manda á la cárcel á los que roban un puñado de hojas secas. Es cierto que Francisco Carrara, ante el caso típico de Juan Valjean en *Los Miserables*, afirma, en una de sus obras, que ningún juez humano mandaría á la cárcel á un desgraciado que robara por necesidad; pero á pesar de la experiencia del gran maestro, recuerdo, y nunca olvidaré, á algunos desventurados á los cuales presté mi apoyo profesional, que disculparon su delito en la miseria, y este juez no supo encontrar entre los pliegues de la ley, tan elástica cuando se trata de poderosos, un recurso que salvara del presidio á los que, bajo los azotes del hambre, habían recogido del suelo unas pocas castañas en los linderos de la propiedad de un millonario. Es cierto que el millonario, no menos *caritativo* que el juez, era el autor de la querrela.



¡Y son tan frecuentes estas monstruosidades judiciales!

Carrara escribe, por otra parte, *que cuando el derecho á la vida se encuentra en oposición con el de la propiedad, conviene que éste, como inferior, se incline ante el otro, que es inferior entre los hombres bien constituidos, y que el hurto cometido por necesidad no es delito, conforme no lo es matar al que nos quiere quitar la vida.*

Sin embargo, compulsando las estadísticas criminales, ejercitando el piadoso oficio de defensor, se tiene la certeza absoluta de que la mayor parte de los delitos contra la propiedad y otros que son de ella consecuencia inmediata, derivan del desequilibrio económico de la sociedad, y no es, ciertamente, con aplicar penas severas contra los ladrones como el hurto desaparece, sino extirpando las causas generales que determinan las crisis de trabajo, carestía, insuficiencia de los salarios, miseria crónica, etc.

En Italia, al iniciarse el nuevo año jurídico, los procuradores del Rey, entre muchas cosas inútiles y erróneas, disertan sobre las causas probables del aumento ó de la disminución de los delitos. Pues bien; las dos terceras partes de los discursos inaugurales del último año jurídico, afirmaban que el aumento del delito contra la propiedad y de cualquier forma de atentados contra las personas, debía atribuirse al desequilibrio económico que sufre el país.

El mejor remedio penal contra los atentados á la propiedad es, pues, asegurar y difundir el bienestar, evitando los empujes de la miseria, que no conoce la ley, y que desafía toda sanción penal.

(Concluirá.)

PEDRO GORÍ.



A cuantos hayan leído el núm. 163 de *La Idea Libre*, les recomiendo lean la colección de dicho periódico del año 1897, pródigo en acontecimientos, sin faltar ni un número (pues hay uno que cuidó el amigo Ernesto Alvarez de que no circulara entre los amigos), y se convencerán de la sinceridad que pueden tener las palabras que, *respecto de las hojas*, escribe nuestro VALIENTE amigo. El compañero que la pueda adquirir entera, que lo dudo, porque le faltará ese número aludido, le ruego la deje á otros.





## ROBERTO KOCH

---

El mayor descubrimiento que jamás se ha hecho en el terreno de la patología, es el hecho por Roberto Koch, de la causa de la tisis, uno de los más terribles azotes de la humanidad. Koch que era médico en una ciudad modesta de Alemania, publicó trabajos notabilísimos acerca de microbiología, y el Gobierno prusiano, reconociendo sus extraordinarios talentos, le confirió un importante puesto en Berlín. Allí continuó sus estudios y experimentos, y en 1881 pudo enseñar á los individuos del Congreso médico de Londres, por primera vez, el bacilo de la tisis ó tuberculosis. Este descubrimiento arrojó sorprendente luz en un extenso grupo de enfermedades, de las que antes sólo se sospechaba, sin seguridad alguna, que tenían entre sí afinidad, obteniéndose en su tratamiento quirúrgico una precisión hasta entonces desconocida y cambiando radicalmente las ideas acerca de su diagnosis.

En el último Congreso médico internacional de Roma, Koch enseñó uno de sus cultivos bacteriológicos, tan interesante, que vamos á describirlo en breves palabras. Para estudiar con éxito las costumbres, efectos de cualquiera clase de microbios fuera del cuerpo vivo, es preciso verle sin mezcla en el medio á propósito para su cultivo. Aun los lectores más profanos comprenderán fácilmente lo difícil que debe ser aislar unos de otros microorganismos, casi siempre revueltos con infinita variedad. Todos los esfuerzos no habían tenido re-



sultado satisfactorio alguno. Koch, por su ingenioso procedimiento, hizo muy fácil lo que antes pareciera imposible. Disolvió á una temperatura convenientemente elevada, en caldo ó en otro líquido nutritivo destinado al alimento de los microbios, una cantidad de gelatina, dosificada de tal modo, que su masa sólida, después de enfriada, quedara bastante líquida para no matar á una temperatura reducida los gérmenes vivos que contuviera. A dicho caldo gelatinoso, enfriado moderadamente, se añadía un líquido que, entre otros, contenía el microbio al que había que estudiar; luego se sacudía enérgicamente la mezcla para separar las bacterias unas de otras, y por fin, se vertía en delgadísima capa una parte del líquido encima de una placa de vidrio, donde enseguida, á consecuencia del enfriamiento, se solidificaba. De esta manera los diferentes microbios, impedidos por la solidificación de la gelatina de juntarse mutuamente, se desarrollaban aislados, descubriéndose cada núcleo por la formación paulatina de una manchita opaca en la película transparente. Cada una de estas manchas era separada de dicha película y colocada en vasija distinta, pudiéndose desarrollar aisladamente el microbio aprisionado.

Pasteur, que presencié la demostración de tan interesante experimento, declaró que el nuevo método representaba para la microbiología un gran progreso. Este método se adoptó muy pronto en su propio instituto y en la mayor parte de los laboratorios bacteriológicos del mundo.

Gracias al repetido método, Koch pudo descubrir el bacilo del cólera en la India, á donde había ido á estudiar la terrible enfermedad en su foco. El microorganismo de referencia, á causa de su forma curva, fué llamado por Koch bacilo-coma. Por mucho tiempo existieron grandes dudas respecto de este descubrimiento. Halláronse diferentes bacterias de análogas formas, y algunas entre ellas compórtanse de la misma manera en los cultivos. Sin embargo, en la actualidad todos los bacteriólogos están conformes en que, si bien son varias las causas de la enfermedad colérica, la verdadera *materie morbi* es el vibrión de Koch. Su descubrimiento en todos los casos de cólera legítimo ya impide andar á tientas en el diagnóstico de la enfermedad.

En Octubre de 1873 publicó Koch su tercera comunicación sobre la tuberculina (vacuna descubierta por él y que emplean los veterinarios como experimento en los casos dudosos de tuberculosis) tratando principalmente de los resultados químicos obtenidos y presentando su método de preparación. De entonces acá se han practicado numerosos experimentos en Alemania, Francia é Inglaterra, con resultados tan contradictorios que no permiten formular deducciones concluyentes. Sin embargo, á él se debe el descubrimiento que los otros sabios perfeccionarán.

No intentamos biografiarle, sino señalar el bien que ha hecho á la humanidad con sus descubrimientos y los que de ellos podrán desprenderse. La salud física es lo más importante para vigorizar las razas, fatalmente impelidas á una decadencia atávica; y todo cuanto redunde en beneficio de la humanidad, como todos cuantos se preocupen de ella, merecen y merecerán nuestra especial predilección.





# CIENCIA Y ARTE

## CIENCIA Y SOCIALISMO

Llegamos frente de un problema de suma trascendencia para la vida y para el bienestar de nuestra especie.

Así como las sociedades sufren graves crisis económicas, efectos de guerras, de aprestos militares, ó de calamidades públicas, así también los organismos humanos sufren graves reacciones y profundos trastornos, efecto de costumbres insanas ó de sistemas de vidas contrarias á la naturaleza humana.

Parece ley inmutable que después de grandes pensamientos, de grandes energías y de grandes entusiasmos, vengan generaciones débiles en entusiasmos, en energías y en pensamientos; como lo parece que un terreno produzca poco al año siguiente de haber producido mucho ó que el hijo de un gran sabio sea sumamente obtuso. Sin embargo, estos casos y otros muchos que hasta hoy hemos tenido por verdades científicas, no han sido otra cosa que reflejos de nuestra insuficiencia social ó de nuestra insuficiente educación.

El pensamiento, el entusiasmo ó la energía no es en el hombre una cosa accidental y arbitraria, es permanente y eterna, como toda cualidad real.

La naturaleza, en sus infinitas combinaciones, podrá constituir organismos de orden superior ó de orden inferior; pero no podrá lograr, ni lo intentará siquiera, que cientos de generaciones carezcan de esta ó de aquellas cualidades.

Un campo producirá poco ó nada este año, si el hombre con sus artificios le ha hecho producir demasiado el año pasado. El hijo de un pensador podrá carecer de las cualidades que hicieron célebre al padre, si éste agotó todo su capital intelectual por una exigencia de la sociedad. Las generaciones presentes aportarían la debida fuerza á los problemas del progreso si las pasadas no hubiesen tenido necesidad de hacer un derroche de fuerzas para combatir la tiranía política, científica ó religiosa.

Es esto únicamente la manifestación clara del equilibrio natural.

Si yo reuno un capital vital de cien y he de dividir equitativamente este capital entre los diferentes órganos que constituyen mi cuerpo, la suma de mis actividades será de dos veces cincuenta, que mi cuerpo desarrollará según la robustez ó la actividad de cada órgano, siempre en beneficio de la salud, si en el reparto no intervienen agentes extraños á la vida. Pero si la sociedad ó el ambiente exige de mis brazos veinticinco más de lo que pueden dar, este aumento de fuerza de los brazos ha de producir una disminución de fuerza igual en las otras partes del cuerpo; y, por el contrario, si las exige de mi cerebro, los brazos y las piernas producirán de menos lo que el cerebro produzca de más. Las fuerzas desarrolladas han de dar la suma propia del cuerpo, pero la destrucción de ellas se altera, no en beneficio de la vida, sino en relación con las exigencias exteriores.



Un hombre que tuviera la vida asegurada en unas condiciones sociales que no exigieran *esfuerzos* corporales ó cerebrales; un individuo sin más norma de sus actos que la libertad y la naturaleza, no sufriría estas reacciones orgánicas ni estos desequilibrios tan funestos; porque, como hemos dicho antes y como se demuestra, la naturaleza por sí, libre por completo, busca constantemente el equilibrio de la armonía.

Ahora apliquemos esta verdad al organismo humano. Si una ó varias generaciones pueden desarrollar mil, según estén de constituidas, mil desarrollarán así se oponga el poder más formidable; pero si se les exige doscientos más de lo que realmente pueden, estos doscientos han de disminuir en otras generaciones. Y á esta misma ley obedece la esterilidad accidental de ciertos campos. Según sean sus partes constituyentes, producirá, regularmente, un 40 por 100; pero si el hombre, fatigando la tierra, le obliga á producir más de lo que puede en determinado año, este mismo campo en otro año ahorrará lo que antes hubiere adelantado esforzándose mucho. De aquí, pues, la causa principal de esta dolencia que sufre en la actualidad la especie nuestra, y que se conoce con el nombre de degeneración.

Recientemente las generaciones han realizado la revolución religiosa, la política, la científica y la filosófica, las cuales exigieron enorme gasto de energías. La decadencia actual es sólo un medio que pone en práctica la naturaleza para alcanzar el equilibrio perdido. Un campo en barbecho reconstituye sus fuerzas y unas generaciones decadentes preparan las energías que han de provocar las futuras revoluciones. Pero esto no es una consecuencia natural, puesto que no lo son las revoluciones por una parte, ni la esterilidad por otra. La revolución es una fuerza que se acumula, obedeciendo á la necesidad del equilibrio alterado por la fuerza de las clases dominantes, y la prodigalidad de un campo es otra fuerza que el hombre ha acumulado para ver si de aquella manera podría equilibrar sus gastos.

El individuo en estado natural no tendría por qué oponerse á las necesidades de otro, ni por qué poner obstáculos á la revolución, como el campesino no tendría motivos para fatigar su terruño si pudiese vivir holgadamente con lo que sus tierras produjeran sin fatiga.

Ahora bien; la revolución existe, porque existe la reacción. Del choque constante de estas dos fuerzas surge la evolución, mas, así la primera como la segunda, no son fuerzas naturales; son fuerzas sociales, que desaparecerán con ella, ya que, cuando se establezca la sociedad justa, nadie tendrá necesidad de amparar sus privilegios con la fuerza ni de defender sus atropellados derechos á mano airada. Y así como no habrá tierra fatigada por exceso de producción, ni organismos recargados por la misma causa, tampoco existirán generaciones decadentes, porque ninguna tendrá necesidad de producir más de lo que pueda, sin esfuerzo alguno.

Creemos haber demostrado que la pobreza física y la cerebral de una humanidad no es consecuencia de la naturaleza.

Conocida la causa primera de la decadencia, otro día demostraremos las accidentales, y más adelante los desastrosos efectos que en la dicha humana produce esta alteración de fuerzas orgánicas.

DOCTOR BOUDIN,



## Educación

---

Por educación debe entenderse la cultura de un sér con arreglo á su destino. En este sentido se aplica á todos los séres y les conviene tanto cuanto disponen de menos medios para bastarse á sí mismos.

La educación es para todos una mayor extensión y elevación de la vida, un perfeccionamiento de las cualidades inherentes á su propia naturaleza, un progreso obtenido por las influencias exteriores

Entre los séres que pueblan la tierra, el hombre es quien, durante su infancia, necesita más que ningún otro el concurso de sus semejantes para conseguir su fin.

Constituye la educación, por tanto, una necesidad y un derecho. Es para el niño el derecho á que se le ponga en posesión de sus fuerzas físicas, intelectuales y morales, y de que se le inicie en la economía de la vida, con objeto de que pueda orientarse bien y cumplir la misión que le está confiada.

Todos los sistemas de educación se basan en el arte de hacer pasar al individuo por fases progresivas, desenvolviendo en él ciertas aptitudes, aprovechando diferentes disposiciones naturales y sentimientos de atracción y repulsión.

Cuanto más excitados son estos sentimientos por las pasiones, más se desarrollan las vocaciones y las capacidades que hacen al individuo apto para obrar convenientemente, según las circunstancias.

Es inadmisibile que pueda educarse, progresar por el desarrollo gradual de sus facultades, un individuo desnudo de pasiones, que son los resortes indispensables de todas las acciones. ¿Por qué medios podría darse educación á un niño que no sintiera curiosidad ni aspiración alguna, que no experimentara deseos ni necesidades y que no fuese más que sér humano en la forma externa?

Querer extirpar en el individuo las pasiones, no es educarle, sino anularle por completo y destruir la humanidad.

Por el contrario, el método más racional y eficaz de educación y el más práctico, no consiste en la extirpación de las pasiones, sino en el fomento de las cualidades que requiere la vida en sociedad, aboliendo, ante todo, las condiciones sociales que generan disposiciones malévolas y perpetúan el pillaje y la corrupción.

La educación empieza en el nacimiento y termina con la muerte; mas los procedimientos varían con la edad y van del exterior al interior y viceversa.

El niño recibe la educación en la familia y en la escuela: el hombre continúa su propia educación y la extiende á sus semejantes.

La educación se transmite y acrecienta de generación en generación con una fuerza acelerada; porque el hijo llega á ser padre y el discípulo se convierte en maestro, aprovechando todos los progresos realizados por sus antecesores.

La educación excita la razón inculta, poniéndola, por medio del lenguaje



y del ejemplo, en contacto con la cultivada. Esta excitación provoca la atención, despierta las facultades adormecidas y les da todo su vuelo.

El educador debe ponerse en el estado del educando y recurrir al procedimiento natural, al método de intuición para hacerle comprender lo que es accesible á su pensamiento, para elevar su inteligencia hasta la posesión del conocimiento completo de cuanto se proponga saber.

Sobre todo, ha de procurar el educador no perjudicar *la originalidad* de cualquiera disposición del educando. Es necesario al efecto hacer que aparezcan las aptitudes individuales por medio de una organización adecuada de las escuelas, dando al niño el medio de elegir, y notando cuidadosamente manifestaciones espontáneas de sus gustos y tendencias.

Las aptitudes más acentuadas indican la vocación y anuncian la misión á que cada uno está llamado.

Cuando se conocen las disposiciones naturales del niño, se posee una brújula pedagógica. El profesor tiene la medida de las cualidades y defectos del discípulo, y no titubea, sabiendo á punto fijo lo que puede exigir y lo que debe fortalecer. Trabaja, en fin, con método para poner al niño en camino de su vocación especial, llenando los vacíos de sus facultades perceptivas y aplicándose á hacer un hombre útil y equilibrado.

Sobre la base de la cultura general de las facultades individuales deben dibujarse las especialidades, so pena de ser exclusivistas.

Hacer del niño un *hombre* es el fin primordial de la educación.

Si la educación forma al hombre y el hombre á su vez forma la sociedad, el ideal sublime de la humanidad será realizado cuando los hombres dejen de educarse en el automatismo y la violencia y adquieran mayor grado de cultura.

La educación es la que debe obrar este prodigio, resolviendo el árduo problema de la emancipación económica.

VICENTE MARCH.

---

## CUENTOS DE AMOR

---

Sus padres se habían casado muy jóvenes. Encontráronse en medio del arroyo..... pocas palabras bastaron. Necesitaba él una criada; ella una protección, y así fué.

Les unió el cálculo de la pobreza; pero al fin cálculo. Pedro deseaba una mujer que le lavara y cosiera la ropa, que supiera hacer calceta y cocer patatas. Así como así no iba á costarle tan cara como le costaba la lavandera. Esto era pensar como un hombre hecho y derecho. Sin medir bien las cosa no se va á parte alguna.

Magdalena necesitaba amparo. Todo el mundo se creía con derecho á tirarle piropos. Una mujer sola no es nadie. Casada tiene quien la defienda, y



aunque el marido de vez en cuando le zurrase la badana, es el marido que Dios nos dió y que nos manda obedecer.

Trabajaban como mil condenados y gastaban como uno. Es lo que ellos decían: hay que ahorrar para la vejez.

Pedro, primero trabajó en un túnel, luego en una carretera; más tarde el burgués, apreciando las *buenas condiciones* del muchacho, le nombró capataz de una brigada y por fin tomó la empresa de unir, por medio de una carretera, á dos pueblos que distaban cinco kilómetros el uno del otro. Tan bien entendió Pedro el *oficio*, que al concluir la obra hallóse dueño de 4.000 duros, mientras los que la habían llevado á término continuaban careciendo de lo más indispensable.

El pequeño capital sirvió después para empresas mayores, y así, comiendo pan y cebolla, vistiendo muy mal y dando cinco reales por una jornada de catorce horas, Pedro logró *colarse* en la sagrada orden de los capitalistas.

Dueños los esposos de regular fortuna, dieron en querer ser grandes señores, organizando fiestas como si lo fueran y tirando en ellas de manera inculta, lo que el obrero ganaba sufriendo mucho.

Por sus maneras y modo de vestir, eran la risa de la que ya podemos llamar burguesía de la sangre; pero ellos sólo comprendían que habiendo salido de las capas inferiores de la sociedad, se codeaban ahora con las superiores. ¿Para qué saber más?

En medio de esa prodigalidad del señor por sorpresa, cuando es pródigo con los que él cree sus iguales, creció Rosita, hija de nuestros improvisados capitalistas. Estos, para que su *reina* pareciera una señorita, la vestían de modo extravagante, dándole lecciones de buen parecer, y siendo uno de ellos prohibirle que jugara con las niñas pobres, porque manchaban el vestido de las ricas.

Rosita se formó de sí un concepto altamente superior, tomando, cuando fué mayorcita, la actitud de un déspota, el orgullo de un príncipe y los caprichos de una niña mimada. Entre unos seres que habían alcanzado la elevación que da el dinero adquirido de manera tan ruin, proclamada reina y señora de una familia grosera y sin más educación que su capricho, Rosita tomaba ademanes enfáticos é insolente para pedir la cosa más sencilla. La gente que la rodeaba parecíale ordinaria en extremo, y si algún mozo, atraído por la dote, ya que quien se había educado en un ambiente tan defectuoso no podía tener otros atractivos, se mostraba solícito y complaciente para con ella, despedíalos á cajas destempladas. Esperaba casarse con un emperador ó poco menos, y en sus ensueños amorosos sólo veía apuestos condes y gallardos marqueses. Sus novelas favoritas eran aquellas que daban á jóvenes de modesto origen grandes magnates por maridos. Leía y releía los coloquios de príncipe enamorado con dama afortunada, suspirando á cada suspiro de los amantes y amando espiritualmente al héroe de sus novelas cuando pertenecía á la nobleza, pues de los nobles se creía digna. Y fué que leyendo libros románticos acabó de estropearse un corazón que había empezado á estropear padres imbéciles.

Requeríanla de amores muchos mancebos, pero ninguno llevaba en el corazón puros afectos, aunque todos llevasen en los labios muchas lisonjas. Si alguno hubiese hablado el sublime lenguaje del amor, lo hubiera usado inútilmente; Rosita no estaba en condiciones de comprenderlo.



Como no sentía cariños desinteresados, tampoco los inspiraba. Rica y orgullosa, por serlo, sólo al cálculo podía hablar esa mujer hija del cálculo y en él crecida, joven que tanto desatendía la sencillez y la grandeza de los dotes naturales; y si por un momento el amor hubiese perdido sus virtudes de adivinación, pretendiendo beber riquezas morales en la fuente del orgullo, Rosita habríalos recibido á carcajada.

Así pasaban los años, anhelando un príncipe vestido de seda, de oro y de pedrería; arrogante, atrevido y poderoso, y presentándose gente ruin, sablistas del amor, sin más méritos que parecer personas distinguidas. No por comprenderlos, sino por creerlos poco, los rechazaba Rosita.

Los afectos delicados, las abnegaciones, las grandezas de alma, lo que prepara la dicha y la perpetúa, se escondía al pasar Rosita. Únicamente tontos y ambiciosos hallaba en su camino. Los emperadores, y los reyes, y los príncipes, y los duques, y los marqueses, y los condes, si existían, que no existen, tal como pintan los novelistas, se burlarían de la desgraciada Rosita. Hermosa, rica ó pobre, para manceba la hubieran querido; fea, pobre ó rica, objeto de sus burlas hubiese sido.

¡Cuántos caracteres ha perdido el ambiente! ¡Cuántas imaginaciones ha malparado la novela romántica! ¡Cuán triste no reunir condiciones para ser amada! ¡Qué desgracia buscar la dicha dentro de la caja de caudales ó entre pergaminos!

¿Qué ves, Rosita? A un miserable peón de albañil hablando con una criada. ¿Apartas los ojos con desprecio? Mira los suyos cuánta dicha manifiestan. Repara cómo ríen. ¡Con qué ternura se dan las manos! Algo agradable dice él al oído de ella. ¿Has oído? El sonido de un beso. ¿De sus amores te burlas? ¡Infeliz! A no ser tú una mujer, por fuerza te hacía arrodillar ante este sencillo amor, tanto más natural y puro, cuanto menos condiciones sociales han debido tener en cuenta.

\*  
\* \*

Desatendida la naturaleza de Rosita, al llegar á los treinta años, pervirtiéndose su materia. Un defecto de educación y de sociedad, malparó su cuerpo como antes había malparado su cerebro.

Largas noches de amar á un ideal fantástico, engendraron el histerismo; tristeza de todo deseo no satisfecho, provocaron la hipocondría. Después, extravagancias, amores absurdos, desconsuelos infundados; la función de una naturaleza artificiosa, con deseos y sentimientos propios de corazones y de cerebros mal asistidos. El hombre deseado tomó al fin la figura de gato, ó de perro, ó de loro, ó de mono, ó de Dios, y sintió por ellos cariños ridículos, cuando no repugnantes. La carne, antes fresca y sonrosada, se había tornado basura humana, llegando á la tierra, de donde salió, sin cumplir ninguno de los fines de la vida y sin gozar ninguno de los goces á ella inherentes.

Y tú, joven lector, mujer ú hombre, rico ó pobre, ama mucho si deseas ser feliz, y déjate amar si amas la felicidad ajena. Desdeña toda condición que no sea natural y rehusa la lectura de aquellos libros que buscan la dicha fuera de la humanidad.



No hay más que un goce intenso y puro: el que nace en nosotros; cuida tu persona y serás inmensamente feliz. No hay más que un amor lógico y natural: el que se forma en el cuerpo propio para el ajeno.

Lo demás, misticismo intelectual, misticismo sentimental, misticismo material, diferentes manifestaciones del divorcio que existe entre la naturaleza y el hombre.

\*  
\* \*  
\*

Si los animales supiesen lo felices que son, quisiera ser animal.

FEDERICO URALES.

---

## REVISTA DE REVISTAS

---

**L' Humanité Nouvelle.**—(París. Febrero).—Nada más interesante que la lectura del estudio que publica geógrafo tan conocido como es Eliseo Reclus, en el número de este mes, con el título de *Vénéfices et maléfices, ó las obras de odio*. Reclus, que es el historiador y el psicólogo de las religiones primitivas, analiza con originalidad chistosa las ingenuas creencias prehistóricas. Hay también una muy bella relación que León Hennebicq hace de una visita al Santuario de Olimpia. El joven escritor se presenta como un especialísimo crítico de arte, de ideas originales. *La Faim*, páginas pasionales de Gabriel Raudon, y muchos y variadísimos trabajos á cual mejores.

**Revista Jurídica.**—(Valladolid. Febrero).—Publica el capítulo de *La propiedad y el derecho administrativo*, bien pensado trabajo dentro las ideas de su autor D. Antonio Royo Villanova; *Caracteres de la legítima*, del abogado Sr. Otero Valentín; *Teoría de los estatutos en los conflictos inter-regionales*, por el abogado D. Valentín de la Varga. Una de las tantas batallas cuestiones respecto derechos de la mujer, titulado *La mujer puede salir fiadora por su marido*, tratado con alteza de miras dados los Códigos vigentes, por el Dr. Calixto Valverde, y otros trabajos, todos de carácter jurídico.

**La Unión Espiritista.**—(Barcelona. Febrero).—Como su nombre lo indica, todos sus trabajos están calcados en el espiritismo. En ella se ven las firmas del veterano Torres Solanot, de la distinguida escritora Amalia Domingo Soler y otros.

**A Arte.**—(Oporto. Febrero).—Como siempre, esta Revista lusitana inserta interesantes trabajos literarios de un sabor modernista tal, que nos hace afirmar que consciente é inconscientemente la literatura sufre una transformación viable hacia la libertad y el progreso. Entre otros trabajos hay uno, *Contesta á Alberto Pinheiro*, á propósito del «París» de Zola, en el que hay brillantes párrafos como éste. «El ideal anarquista no es como imbécilmente piensan burgueses acéfalos—el puñal de Caserio y el de Lucheni, ó la bomba de Emilio Henry y



la de Ravachol— sino todo un sistema filosófico que viene de Stuart Mill y de Guyau, de los utilitaristas ingleses, de los materialistas alemanes y de la poderosa crítica filosófica de Kropotkine, de Reclus y de Malatesta. Los intelectuales franceses y todos cuantos no utilizan el onanismo espiritualista y sacuden el espíritu que no se afirma en la experimentación científica, son adeptos de la doctrina integral libertaria. Así la redentora idea cuenta novelistas como Zola y Mirbeau, Gustavo Geuffroy, Paul Alexis, Tolstoy, Lantoiné; poetas como Richépín, Guillard, Stuart Merrill; dramaturgos como Ibsen y Hauptman, y hombres de una alta y poderosísima celebridad, Carpenter, Merlino, Grave, Letorneau, Le Greef, Malato, Sebastián Faure, etc., etc.» ¡Bien por Xavier de Carvalho!

**Criminalología Moderna.**—(Buenos Aires. Enero.)—El sumario de esta interesante Revista hará cargo á nuestros lectores de la importancia que revisten sus trabajos. *La Sociología criminal*, *El vagamundo*, *La agonía del bandolerismo*, *En favor de los niños*, *Apelino Arredondo*, *Anomalías fisiológicas*, *La ejecución de Vacher*, *Atavismo Pampa*, etc., en los que campean la profundidad de pensamientos que son característica de Adolfo Zerboglio, Servando A. Gallegos, Pedro Gori, M. T. Podestá, Luis Melián, C. del Campo y otros.

**Ciencia Social.**—(Buenos Aires. Diciembre.)—El número perteneciente á Diciembre de esta Revista argentina es interesante como todos. Retrato y biografía de Eliseo Reclus escrita por Pedro Gori. Continuación de las *Conferencias populares sobre Sociología*, por Paraire. *El individuo y la sociedad*, por Grave. *Evolución de la Sociología criminal*, por Gori. *La ley y la unión libre*, por Altaiz, etcétera, etc. Escritos todos con la galanura propia de sus autores.

**Revista Nueva.**—(Madrid.)—Esta revista decenal, que ha empezado á publicarse aquí, parece presentarse con todos los vigos de un modernismo sano dentro de la literatura contemporánea. Como sólo hemos recibido el primer número, á pesar de haber salido ya otro, nos abstenemos hablar más de ella.

## LIBROS

**La Walkyria**, por Rodrigo Soriano. Impresiones de su viaje á Bayreuth, ó sea á la Meca del wagnerismo. Bien escrito y bien presentado, con unas 200 páginas; es un libro recomendable á los amantes de la buena literatura.

**Filosofía popular**, por el Sr. Fajarnés Castells. Esta obra, cuyo libro 1.º titulado *Civilización*, es una recopilación de lo que han escrito los más célebres pensadores respecto á ciencias naturales y sociológicas, como también una interesante descripción de las fases por que ha atravesado la Humanidad desde su nebulosa hasta nuestros días, aceptando el autor la evolución de la especie. Describe en él, con profusión de datos, las persecuciones religiosas y la Inquisición. Se recomienda á cuantos se interesen por los conocimientos populares. Hállase de venta en casa del autor, Gibraltar, 11, Valencia.

**Mis Mujeres**, por S. Gomila.—Recopilación de episodios novelescos, cuyo héroe sea quizá el mismo autor.

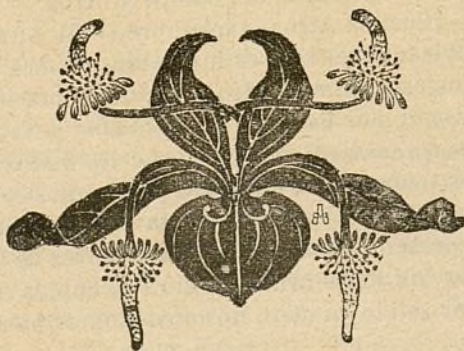
**El Pesimismo de Última Hora**, por Rafael M. de Labra.—Discurso inaugural de las conferencias populares del Centro de instrucción comercial de Madrid. El autor, con la competencia que le distingue, ofrece en este folleto no



sólo infinidad de datos estadísticos en extremo interesantes, si que también un caso de revisión de una causa defendida por el Sr. Labra, y cuyo penado injustamente, le ha sido dada la libertad en Cartagena.

**Guía Práctica del Compositor Tipográfico**, por Juan José Morato.— Esta interesante obra, que en estilo sencillísimo expone las más modernas teorías tipográficas, siendo una verdadera enciclopedia del cajista, se vende al precio de 15 céntimos cuaderno de 16 páginas. Las suscripciones á nombre del autor, Limón, 7.

S. G.



**Lectores:** La victoria sigue á la fuerza; fuerza física, fuerza moral, fuerza intelectual. Si queréis que vuestras ideas imperen, procuraros fortaleza, saber, salud, y ofrecer después esa fuerza moral.

**Lectores:** Si queréis amar vuestra existencia y la de vuestros semejantes; si queréis tener ideales y amores é hijos fuertes y sanos, huid del aire enrarecido; poneos en contacto con los agentes naturales en cualquier época del año.

**Lectores:** Si no queréis caer en el misticismo embrutecedor, que desdeña la vida, que busca el martirio y reniega de los goces, cuidad vuestro cuerpo con esmero.

**Lectores:** Si queréis ser enérgicos, buenos é inteligentes, no probéis bebidas alcohólicas.





## SECCIÓN LIBRE

---

### PARA CRISTÓBAL LITRÁN

Muy señor mío y amigo: He leído en *La Autonomía* el artículo suyo titulado *¿Cómo se defiende la justicia?* Ocioso añadir aquí que he comprendido el ataque y que he visto con disgusto ese rasgo heroico del Sr. Litrán.

Las personas de criterio independiente, de cerebro sano y voluntad poderosa, cuando de antemano se trazan una línea, sin descarrilar van hasta el fin. ¿Sería posible acomodarse al querer de todo el mundo? Usted quiere que se defienda la justicia con el nombre propio, aunque éste resulte insignificante, siendo el supuesto el de valor; el otro cree que se defiende haciendo de policía, esto es, denunciando á los culpables, y el de más allá querrá «que no sepa la mano izquierda lo que ejecuta la diestra.» Es de toda imposibilidad, pues, complacer á todo el mundo. Lo lógico y lo razonable es seguir las inspiraciones propias, sobre todo cuando la acción es digna y grande.

Que una cosa es moler y otra poner el trigo, pruébalo que mientras estuvo extrañado el cuerpo auténtico de esa personalidad anónima, nadie dijo esta boca es mía de cosecha propia, sólo los ecos dolorosos que salían de las víctimas fueron publicados; y ahora que se agita la opinión por el resorte mágico de esa voluntad poderosa, todo el mundo aspira á ser valiente y quiere meterse á censor. ¡Sois bien dignos de lástima!

Usted cree que la grandeza de la acción estriba en pedir las cosas con el nombre auténtico, no con «el cuerpo intangible de una personalidad anónima», y por esto admira á Zola en el proceso Dreyfus, considerando á los que no obren así «como héroes de guardarropía, con lanza de madera y coraza de hoja de lata.» ¡Chistoso está el Sr. Litrán!

Ya que usted presenta á Zola que desafía la autoridad y las preocupaciones con su *nombre auténtico*, creyendo poner una pica en Flandes, yo presentaré á Voltaire, que siendo aún superior á Zola, pues, desafía el régimen, la religión, rompe con todas las miras sociales para increpar duramente á las potestades todas hasta el punto de hacer exclamar á Federico de Prusia: «á nadie temo tanto como al rey VOLTAIRE», llegando á representar la personificación más formidable del espíritu dominante en Europa. Y todo con su *cuerpo intangible*.

¿Será quizá para el Sr. Litrán un *héroe de guardarropía, con lanza de madera y coraza de hoja de lata* Francisco María Arouet, que firmaba todas sus obras, colossal monumento que sirvió de avance á la filosofía del siglo XVIII preparando la gran Revolución francesa con el nombre de batalla que se buscó VOLTAIRE, su-



friendo vejámenes y persecuciones, encerrado en la Bastilla unas veces, desterrado otras? Sin embargo, el *cuerpo intangible* de Arouet era el que amenazaba la religión, la monarquía y era el que se perseguía, porque era el temido. Se persigue el sujeto, no el nombre. En Montjuich martirizaron los cuerpos, no los nombres.

Dice usted: «Así, como lo ha hecho Zola, se defiende la justicia, dando la cara; no tras el velo del anónimo». Cada vez me convenzo más de que es un puro chiste del Sr. Litrán. ¿Hablar así usted, que por circunstancias especiales de su carrera periodística ha pasado á ser el sujeto anfibio de las ideas republicanas, el revolucionario inédito que desconoce la frase *sacrificarse por un ideal*?

Aunque hubiera sido poco galante, comprendo que dirigiéndose á mi persona me diera los calificativos de *héroe de guarlaropía, con lanza de madera y coraza de hoja de lata*, pues confieso ingenuamente no heredé el valor de las mujeres espartanas, como usted no tiene semejanza alguna con Hércules ni Espartaco. Nosotros, usted, yo y algún otro, sólo servimos para criticar á los demás sino defienden nuestros ideales ofreciendo la vida en holocausto; y no damos la cara ni nada en cosas que puedan hacernos arrostrar peligros.

La sincera simpatía que siempre le profesé, y lo que le agradezco el que se preocupe de los inocentes presos, no ha de ser obstáculo á que le diga lo que creo necesario.

De usted afectísima.

SOLEDAD GUSTAVO

## CON MOTIVO DE UN RUMOR

Por Barcelona circula con insistencia el rumor de que un señor abonado del gran Teatro del Liceo ha recibido un anónimo, con la misma letra de uno que se recibió anunciando la salvajada de Cambios Nuevos, en el que se amenaza de un atentado á dicho teatro.

Si no hubiese sabido la noticia más que por un conducto, quizás no le habría dado importancia, como uno de tantos *canards* que se propalan en una ciudad tan numerosa y heterogénea como la *segunda capital* de España; pero como quiera que por algún otro y diferente medio también lo he sabido, he creído convenientísimo divulgar el rumor, y así lo hago.

¿Que significa el hecho de que el anónimo esté escrito con el mismo carácter de letra de uno que se recibió profetizando el estúpido atentado de Cambios Nuevos? ¿Será alguna habilidad de aquel ex-jefe de policía denunciado por uno de los fusilados en una carta á Enrique Rochefort? ¿Será para justificar cualquier arbitrariedad al menor movimiento del país en la crítica situación de la España actual?

El rumor á mí llegado va de pareja con el comentario de si es obra de *alguien* el dicho anónimo, para atemorizar á las clases ricas y justificar así la estancia en ésta del gobernador Larroca, que acaba de salir en virtud del cambio de ministerio.



Sea de ello lo que quiera, entiendo que la cosa es grave. No he podido saber el nombre del abonado, pero tampoco es esencial: mi objeto, repito, es divulgar la especie, y así contribuir á que la opinión se prevenga. ¡Se prevenga, sí! Recuerdese en el estado de inocencia que la sorprendió el crimen de Cambios Nuevos, y las consecuencias fatales que ella ocasionó á Barcelona y á la nación entera.

En aquel entonces, y con sabia oportunidad, solamente un hombre hubo que diese la voz de alerta: el ilustre Pí y Margall con pluma viril sostuvo su razonado criterio enfrente de las multitudes ofuscadas y de los intelectuales de mala fe. Después siguieron los brillantes artículos de *El País*, que con gozo recordamos todos. Aparte estas voces, lo demás fué el delirio, hasta que el universal clamor, provocado por varias causas, y principalmente, por el diluvio de cartas y documentos que salieron del castillo funesto, venciendo las murallas, los cañones, los puentes levadizos y el omnimodo poder de los inquisidores, hizo reaccionar un tanto á esta infeliz España.

Entonces fueron víctimas de la reacción, no sólo los obreros, ni los que no lo eran, ni los individuos de ideas anarquistas, ni los que carecían de ellas, sino que resultó más ó menos víctima de aquélla todo cuanto no olía á obscurantismo.

Y he aquí las consecuencias del aliento dado á las autoridades, desde los primeros momentos, por la masa del pueblo y por casi toda la prensa.

Comprendo perfectamente que la masa del pueblo, todo corazón y poco raciocinio, se apasione hasta la ceguera por un hecho como el de la calle de los Cambios Nuevos; pero los que tienen el privilegio de indignarme son aquellos que, siendo intelectuales y llamándose liberales, hicieron con sus plumas la obra de la reacción, y fueron, si no la causa, una concausa provocadora de la Inquisición.

Hasta hubo revolucionario (según él) que pidió el exterminio de todos los anarquistas cuando se desconocía al autor, por no haberlo fabricado aun Don Narciso Portas.

¡Qué labor tan fatal hicisteis! Esto debéis reconocerlo ahora al ver que aquel estúpido atentado fué obra de la tiranía, para acabar, en primer lugar, matando á cinco inocentes, hundir en los presidios á veinte, enviar al destierro otros muchos y sembrar la desolación en amantísimas familias. Se lloró mucho en aquellos días, pero por lo visto, al espíritu negro de los siglos, rencoroso por el progreso incesante del mundo moral, debe parecerle poco é imagina otra hecatombe.

¡Si las lágrimas de odio santo vertidas por aquellas madres, esposas é hijos en la ruta por la empinada carretera de la montaña dolorosa, y las de los atormentados en sus mazmorras, hubiesen tenido la propiedad de horadar la tierra, Montjuich ya estaría sepultado para siempre en las aguas del Mediterráneo!

Sea ó no cierto el rumor que corre, haga ó no caso de él la prensa, consume ó no su plan, si lo tiene, la reacción, los hombres que poseemos un corazón que late constantemente por el ideal eterno y sublime: la Libertad; que, siendo intelectuales, no se llaman liberales para halagar y engañar al pueblo, ó, siendo obreros, no son revolucionarios por ódio de clase, sino que unos y otros somos liberales por un ELEVADO SENTIMIENTO DE HUMANIDAD, y que hemos aprendido á



amar la Libertad en lo pensado por los grandes cerebros, todo lo cual determina en nosotros una fe profunda en el porvenir, esperemos con serenidad los hechos, ya que siempre nos quedará como dulce consuelo, en medio de tantas villanías sufridas sin protesta colectiva, la verdad de que la reacción, para hacer descaradamente algo en su favor á fines del siglo XIX, ha de hacerlo valiéndose de un crimen horroroso.

J. BLAY.

## FÉLIX FAURE

No cabe duda que la exaltación al poder de algunos hombres á quienes la gente creyó radicales, lleva consigo el entronizamiento de la reacción y la perturbación de los pueblos.

Félix Faure en la presidencia de la República francesa fué ayer una garantía; hoy era un estorbo, un estorbo que dificultaba los avances del progreso, y Pelletan en estas circunstancias tal vez no se hubiese atrevido á lanzar su famosa frase: *El mundo marcha*.

De Rusia bajó el antisemitismo que tan ruda oposición ha hecho á Emilio Zola y á los que con él defendían á un hombre á quien juzgan inocente. El antisemitismo y el pseudopatriotismo han sido los dos factores que han colaborado á una y puesto en grave peligro la República francesa. Nada hizo Faure por contener tales excesos. No han encontrado en Francia los israelitas protección á sus intereses ni garantías á sus derechos. Bien es verdad que la paternidad del movimiento antisemítico no es obra exclusiva de los franceses, pero ellos lo han patrocinado y se han dejado conllevar por Rochefort, Drumont, Millevoje y sus secuaces.

Que las muchedumbres se dejen conducir de la mano de algunos fanáticos y vayan guiadas por falsos cauces, puede pasar; las disculpa casi siempre su ignorancia. Pero que los gobiernos vivan desprevenidos y favorezcan una causa perjudicial á la justicia por seguir la corriente general, eso no se concibe. Tales imprevisiones y tales egoísmos merecen castigo, que la República no admite la irresponsabilidad de los más altos poderes.

Son infinitas las veces que Francia ha puesto á prueba sus energías, y nadie puede dudar de sus arranques revolucionarios. Mas, por esta vez, sufrió un eclipse, y de que esto sucediera no fué el menos culpable Félix Faure.

El, con su influencia como Presidente, pudo y debió evitar que las manifestaciones antisemitas partieran de las Universidades, centros los más á propósito para organizar aquéllas. No debió consentir que los mal llamados revolucionarios prestasen su concurso á los que creían en la traición de Dreyfus, y vió con funesta impasibilidad que las muchedumbres ignoras y exaltadas corrian detrás de Zola gritándole ¡Muera!

Félix Faure había descendido, á mi juicio, de su nivel. Pudo ser grande y resultó un pigmeo. No ayudó á Zola, y éste se vió obligado á dirigirle el célebre *Yo acuso*. Se echó en brazos de un militarismo dictatorial y bárbaro, y volvió la espalda á la justicia. Se hizo eco de la voz de los nacionalistas, y no escuchó la de su conciencia. Prefirió el número de votos á los votos de calidad.

¿Cómo podía seguir en tan alto puesto con general aplauso?

Indudablemente, Félix Faure era un hombre que vivía mucho de las preocupaciones, y ya que la República cuenta, no solo con el concurso de toda la masa inteligente y soñadora de Francia, sino hasta con el de los mismos sacerdotes judíos, debió trabajar por suprimir los fondos con que el Estado contribuye al sostenimiento de la sinagoga para dar el golpe de gracia al legitimismo, causa



primordial de que las razas se odien allí con tanto encono y de que las tempestades surjan con tanta frecuencia.

Sólo la fe religiosa es la que ha podido mantener vivo en todos los pueblos el fuego de la discordia, y es punible dejar en el más completo abandono á hombres como Zola, cuando les va en ello la tranquilidad y la fama.

Ya que Francia hizo los más heroicos esfuerzos por colocar las religiones todas al mismo nivel y trató de sustituir los dioses de los altares por el culto de la razón, deber de sus hijos más esclarecidos es el de inclinarse al lado de la justicia y escudarla para que persona alguna pueda decir jamás que la ceguera ó la ambición les indujo á la sentencia de un inocente.

\* \*

Félix Faure, no obstante, ha sido uno de los más hábiles diplomáticos del siglo. Llevó hace poco más de un año el himno de Reuget de L' Isle al corazón de la autocracia y la hirió de muerte poblando los aires con el mágico acorde de *La Marsellesa*. Tanto es así, que parece cosa rara ver hoy al autócrata de todas las Rusias expidiendo á la guerra la partida de defunción y enviando á las potencias una nota para brindarlas con la paz, aunque si bien se mira, los deseos manifestados por Nicolás II de llegar á la fraternidad internacional, no son de ahora. Ya lo declaró á bordo del *Pothuan*, en un brindis que pronunció en el almuerzo ofrecido por Faure: «Vuestra residencia entre nosotros—dijo el czar—crea un nuevo vínculo entre nuestras dos naciones, amigas y aliadas, resueltas á contribuir con todo su poder al mantenimiento de la paz del mundo, en un espíritu de justicia y equidad.»

Claro es que estas ideas, ni son de Nicolás II, ni de Faure. Mucho antes de que ellos pensasen en la paz y en el desarme, ya lo habían repetido hasta la saciedad Pí y Margall en España, Tolstoi en Rusia y otros muchos célebres propagandistas en las demás naciones. Pero ocurre aquí lo que en muchos casos: aquellos que han tenido participación menos directa en el triunfo de una causa son los que recogen los laureles y una nota dada por ellos tiene universal resonancia, mientras que los demás sólo hallaron persecuciones y despojos, y sus doctrinas fueron al principio de todos desoídas ó calificadas de utopías.

Harto elocuente es el hecho de que los pueblos regidos por un despotismo bárbaro se inclinen ante los descendientes de los *sans culottes* para que ese hecho pase desapercibido. Rusia, que es un pueblo tiranizado por sus emperadores y donde todo innovador tiene su fin en la Siberia ó en el destierro; Rusia, que representa siglos enteros de tradición; Rusia, que ha extremado sus rigores y crueldades con aquellos de sus hijos que más se distinguieron en sus campañas humanitarias y filantrópicas; Rusia, con todos sus hábitos y prejuicios, aclamó con frenético entusiasmo á Félix Faure cuando pasó por las calles de San Petersburgo, y aquel sentimiento impulsor que transmitiera á las masas un modesto hijo del pueblo; un obrero que naciera en las más humildes capas sociales; un ciudadano que no lleva emblemas reales, ni cetro, ni corona; que no debe su encumbramiento á las leyes hereditarias, sino á su ciencia y sus virtudes, imprimió una nueva marcha en la política rusa, dominada hoy por la idea de la paz. Y quién sabe si aquel inmenso y jubiloso clamoreo que escuchó Faure no será el vislumbre de la regeneración de ese pueblo desdichado.

Que Félix Faure ha prestado muchos y muy grandes servicios á la causa de su país y á la de la civilización de Europa, no puede ponerse en tela de juicio.

Que Félix Faure ha cometido un imperdonable error, dejando á Zola abandonado á sus propias fuerzas en el escándalo Dreyfus, tampoco puede negarse.

Y cuando un Presidente de su talento se preocupaba más de recibir el Toisón de oro, que le ofrecía Sagasta, que de pedir la revisión de un escandalosísimo proceso en el que está interesada la parte más sana de la opinión francesa, merecía cuando menos la destitución de aquel cargo y la maldición de sus conciudadanos.

Que la justicia humana no puede estar á merced de ningún Paty de Clam ni de gente de esta calaña.

FRANCISCO MACEÍN.



# TRIBUNA DEL OBRERO

## ACTUALIDAD

Nunca había presenciado el conjunto de despojos que de sí arrojan las luchas fratricidas, llamadas así aquellas en que los hombres se despedazan como fieras, sin importarme nada el que los combatientes pertenezcan á una ú otra raza.

Y en verdad que jamás podrá causarme tan dolorosa impresión ninguna cosa como la que me causara la vista de aquel centenar de cadáveres vivientes, que se movían más á impulso de la fiebre que les mina la existencia, que á propia voluntad; aquellos seres de rostros descarnados y exangües, que denotaban á larga vista el tembleteo de que eran presas sus cuerpos, cual si éstos se hallaren cogidos por el azogue.

Que es imposible pensar sin maldecir la antihumana y falsa organización social, que esos seres un año atrás eran jóvenes llenos de salud y vida, y si no gozaban de la felicidad, porque es incompatible con los que en la lucha por la vida tienen que ganar el sustento con el sudor de su frente, serían la esperanza y el sostén de los suyos.

A vista de esos mártires de la brutalidad de los hombres, sube del corazón á los labios esta interrogación. ¿Es posible que tanta maldad, tanta hipocresía, tanto egoísmo encierre aún el corazón humano?

No podemos poner en duda, pues equivaldría á negar el progreso, que la humanidad, aunque lentamente, se va perfeccionando; pero hay momentos en que se cree, aunque sea error, que esa perfección aún no ha pasado de la epidermis del individuo, esto es, que sus raíces aún no han llegado al corazón del hombre; pues no de otro modo se comprende la facilidad y frescura con que los jefes de Estado lanzan unos hombres contra otros y siempre á que se destruyan por causas baladíes, causas que esos mismos jefes pretenden hacer creer á los pueblos que son ofensas graves inferidas á su dignidad como nación, esa dignidad bárbara del que se cree fuerte, y que estriba en no conceder nada buena-mente, por muy justo y razonable que sea, á los que ellos creen débiles.

Y entonces, ¡con qué hipocresía se procura despertar los casi dormidos y rancios sentimientos del patriotismo!

Más la prensa, esa gran antorcha de la civilización, lejos de pretender, como fuera su deber, arrancarla el antifaz de la hipocresía y egoísmo con que se encubren los interesados en que la matanza se consume, se somete voluntariamente á defender los intereses del tirano, ya con *patrióticos* artículos que rebosan ardor bélico, ya con extensas y detalladas reseñas, las que cuidadosamente procuran que sirva de estímulo para los que quedan, reseñas en que se dan cuenta del entusiasmo con que se despiden á los que al matadero marchan, los eternos parias, los irredentos, los hasta hoy obligada carne de cañón!

Y sobre todo, qué obstinación la de esa misma prensa por hacernos creer en los entusiasmos del pueblo; como si el verdadero pueblo, el que piensa y siente, pudiera entusiasmarse porque sus hijos, sus hermanos, obligados por leyes bárbaras, sean reos de lesa humanidad, más criminal que muchos que pasan por honrados.

¡Cuánto se trabaja por conseguir la regeneración y el perfeccionamiento humano! ¡Pero cuánto tenemos que suspirar por ella! La humanidad, desgraciadamente, conserva todavía muchas simplezas de Sancho y no pocas chifladuras de Quijote.

FRANCISCO TOMEU.

Puerto de Santa María.